

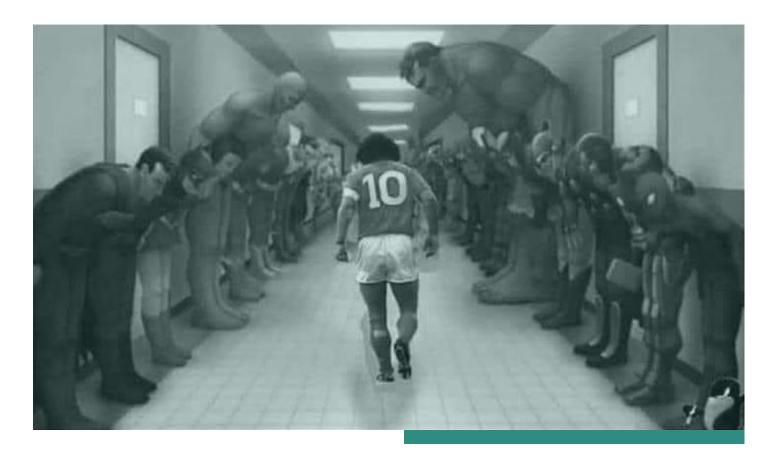
REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA ISSN 2718-6318 Año II | Número 4 | Marzo 2021

¿Qué hacemos con nuestros héroes cuando ya no pueden serlo?

Jonás Elfman¹

jonaselfman@gmail.com

¹ Abogado. Docente U.B.A. Máster en Derecho (Universidad de Nueva York). lg: @jonaselfman



Empecé a escribir este texto antes de que Diego falleciera. Ahora que nos dejó, cobra otro significado. Hace tiempo, con un grupo de amigos teníamos la costumbre de intercambiar mails a través de los cuales narrábamos y reflexionábamos acerca de las cosas que nos atravesaban. No había ni género ni tema en particular. Simplemente se trataba de poner en un papel (o mejor dicho en un correo) ideas que andaban sobrevolando. Uno arrancaba la cadena y luego el resto iba volcando sus propias impresiones que no necesariamente tenían que ver con el tema original. De esta forma se construía una catarsis colectiva. Para gente embarcada en una carrera profesional, escribir sin valor de utilidad tenía una función terapéutica.

Como a muchos, la cuarentena me forzó a reencontrarme con cosas olvidadas. En mi caso fue esa faceta literaria-terapéutica. Para matar el tiempo, comencé a ver "documentales deportivos" Los 30x30 de ESPN, los de Netflix, más otros tantos que me llegaron facilitados por amigos me dieron la oportunidad de volver a grandes figuras y a muchos ídolos de la infancia. De a poco, fui recuperando el gusto por la narrativa, pero no fue

hasta los documentales de Lance Armstrong (30x30), Michael Jordan (The Last Dance) y Diego Maradona ("Diego Maradona" de Asif Kapadia) que esa necesidad por volver a escribir se hizo mucho más patente.

Lo más difícil fue rastrear las razones de este renovado impulso. Porque tenía claro que su causa no estaba en las imágenes de archivos de los protagonistas ni sus hazañas, fracasos o miserias. Todo eso es parte de una historia conocida. No pretendo restar valor ni mostrarme indiferente frente a las imágenes de Armstrong sometido a un agresivo tratamiento para enfrentar un cáncer terminal. O levantando, al año siguiente de su recuperación, el primero de los seis torneos consecutivos del Tour de France. O su posterior caída en desgracia cuando se descubriera su consumo de estupefacientes para mejorar el rendimiento. Como tampoco pretendo restar méritos o impacto a la filmografía de los Bulls: Jordan, Pippen y Rodman, las jugadas de fantasía del 23 o a su histórico robo a "El cartero" Malone para sentenciar a segundos del final su última corona. O el inolvidable gol de Diego a los ingleses, las semifinales de Italia 90 o su éxito en el Napoli.

Sin embargo, lo que realmente me impactó fue el lado B de la historia. Lo que desconocía. Lo que la gloria, el dinero o la fama obturan. Lo que ocurre, por así decirlo, "behind the scenes". En todas estas historias empecé a notar un secreto hilo conductor.

Necesitamos un héroe (y un traidor).

No mucho tiempo atrás, un gran profesor dictaba un curso de posgrado para abogados sobre el heroísmo y la traición. Apelando a la literatura borgeana y shakespereana, invitaba a reflexionar sobre la trascendental función que cumplen estas dos figuras míticas en toda comunidad política. El héroe, decía él, es aquel que por excelencia dota de sentido nuestras vidas. Al llevar a cabo un acto de sumo sacrificio en nuestro nombre, transforma un conjunto de individuos sin más nada en común que su cercanía geográfica o ciertos rasgos culturales, en habitantes de una comunidad unidos por un sentimiento de pertenencia. El traidor, por el contrario, es aquel que mediante un acto de suprema deslealtad niega el valor de nuestra existencia. A pesar de ello, también nos ayuda a forjar nuestra identidad. Al desconocer un código

esencial que hace a nuestra valoración social, reafirma mediante su propio "sacrificio" que hay algo trascendental en ese "nosotros" (aunque más no sea a través de su repudio). En ambos casos, el tándem héroe/traidor juega un rol crucial en nuestra definición social.

De todas formas, la verdadera enseñanza de Borges y Shakespeare o, mejor expresado, de este profesor a través de ellos, no recaía sobre el rol social de héroes y traidores, un tema por demás recurrente en la literatura. Su verdadero aporte estaba en problematizar estas figuras. En poner en evidencia su naturaleza intrínsecamente fluctuante o en mostrar cómo esas figuras tienden a mutar según el cristal desde donde se las mire.

Los seres humanos estamos atravesados por un sinnúmero de lealtades y obligaciones de diversa índole. Muchas de ellas, contradictorias entre sí. Las razones que pueden llevar a alguien a sacrificarse por otro o a traicionarlo son múltiples y pueden cambiar a lo largo del tiempo. Lo que es peor, pueden escapar a su propio control. Aquello que en ciertos ámbitos puede interpretarse como un acto de heroísmo, en otros, se percibe como un acto de traición. Gran parte de los compañeros de equipo de Jordan y de Armstrong declaran haber sido sistemáticamente maltratados por los astros. Muchos de ellos no dudan en afirmar que sus modos rompían o traicionaban los códigos deportivos. Sin embargo, cuando evalúan su caso en retrospectiva, tampoco dudan en concluir que, en realidad, mediaba un acto de sacrificio o de inocultable lealtad de los líderes con el deporte (o con ellos mismos) para llevarlos a alcanzar un objetivo de mayor trascendencia. El maltrato se transformaba en un acto de sacrificio que debía ser tolerado en pos de un fin superior. Y de hecho, aquellos que no resistían el destrato o filtraban su descontento hacia la prensa eran tildados de "traidores". Entre la lealtad de hinchar por su país y de apoyar a Maradona en las semifinales que Argentina - Italia en el estadio de los napolitanos, ellos optaron por esta última. Ese gesto fue vivido como un acto de traición por el resto de los italianos imputable no sólo a los napolitanos sino también al propio Maradona.

La otra cara de este entuerto es la posición que adoptan las sociedades hacia la figura del héroe y el traidor. Porque contrariamente a la descripción que presentamos, tendemos a concebirlos como figuras absolutas y, por lo tanto, sin lugar para matices ya sea dentro o fuera de la cancha. Nuestra imagen colectiva se monta sobre su figura. De modo que aquello que en parte nos define y nos identifica son sus triunfos y sus fracasos. Resignificarlos parece poner en duda esa imagen idealizada que proyectamos sobre nosotros mismos.

Si el dopping de Armstrong o de Maradona era un secreto a voces (más a voces que un secreto) uno de los grandes aciertos de los documentales es explicar por qué logró ser preservado durante tanto tiempo. Aun cuando la utilización de sus figuras está siempre presente como parte del negocio o las debilidades del ser humano juegan su propio partido, la necesidad social de preservar el mito construye un muro frente a sus conductas más vergonzosas. La sociedad norteamericana necesitaba creer que ese hombre que había logrado lo imposible (vencer al cáncer terminal primero y ganar el tour más exigente del mundo después) no había traicionado las reglas del deporte engañándolos durante años. De la misma forma, nosotros o los napolitanos necesitábamos creer en la invencibilidad de nuestro héroe a cualquier costo. Ese hombre que nos había llevado al estrellato y había devuelto el orgullo magullado de una Nación, no podía quedar expuesto a su propia humanidad. Aunque su "derrota" nada tuviera que ver con sus méritos deportivos. Porque, como dijimos, los absolutos no admiten matices ni debilidades. Cuestionarlos pone bajo la lupa nuestra propia identidad.

El sacrificio.

Si hay un elemento que vincula a los tres es la renuencia a darse por vencidos. Independientemente de su asombroso talento, la lucha contra la adversidad o su inclaudicable voluntad es ese "plus" lo que los hace distintos y los pone por encima de cualquier competidor. La definición más acertada de lo que representa Maradona en nuestro imaginario no se la escuché a ningún periodista, poeta o escritor. Me la acercó un amigo a partir de una conversación con un taxista siciliano. El tachero, con orgullo, le había

relatado su enfrentamiento con el Napoli de Maradona en una serie de amistosos que se jugaron en el pequeño club del sur donde militaba. Según él, Maradona era "l'uomo più forte del mondo" ("el hombre más fuerte del mundo"). No el mejor ni el más habilidoso. Simplemente, el más fuerte. Aquel capaz de lograr lo imposible.

Si en su vida familiar fueron más o menos exitosos, si fueron o no grandes compañeros o si gozaron de la fama, todo parece quedar relegado a un segundo plano en relación con el valor que asignamos a las facetas "heroicas" con las cuales nos sentimos más representados. Toda su energía, toda su fuerza motriz, toda esa voluntad de poder que exhiben parece estar concentrada en un solo y único lugar: el juego. Aunque algunos exhiban una personalidad análoga dentro o fuera de la cancha (como Maradona o Muhammad Ali) es en el juego donde revelan su verdadera naturaleza. Tampoco son relevantes las motivaciones de sus acciones. Si se sacrifican en el juego por razones egoístas o altruistas no tiene la más mínima importancia para la construcción del mito como tampoco si efectivamente creían en quien decían ser. Lo importante no es por qué lo hacen sino cómo reconstruimos el valor de sus acciones.

Tal vez, entonces, tenga sentido que los momentos de mayor emotividad de los documentales no provengan de familiares, amigos o compañeros de equipo. Los momentos de mayor sensibilidad parten de sus más cercanos confidentes o de sus adversarios. Sus preparadores físicos (en los casos de Jordan y Maradona) o el recuerdo de su archirrival en el caso de Armstrong. En este último, el relato adquiere ribetes dramáticos. Durante dos horas estamos frente a un hombre de piedra con ciertos rasgos psicopáticos que muestra absoluta incapacidad para empatizar con otros o tener el más mínimo gesto de remordimiento por sus acciones. Su frase de cabecera es "no me arrepiento de nada". Incluso en aquellos momentos en que intenta mostrarse más comprensivo, uno se lleva la sensación de que no es sincero. Por ejemplo, cuando, arrinconado por un categórico informe destinado a destruir su reputación en forma calculada, acude al programa de Oprah para anticiparse al escándalo y confesar. O cuando, sin dejar escapar una sola lágrima, cuenta que durante años mintió a sus seres queridos.

Ese mismo sujeto imperturbable, a minutos de terminar el documental, se quiebra al recordar su visita a su archirrival, el alemán Jan Ullrich, alojado en un psiquiátrico luego de caer como él en desgracia por dopaje. Era "el único que me quitaba el sueño" alcanza a pronunciar parafaseando el personaje The Butcher de Gangs of New York "he was the only man I ever killed worth remembering".

Buscando en el archivo de mi memoria una imagen similar, una imagen que revelara en forma brutal el carácter o las preferencias de una persona, tropecé con la primera entrega de "Rambo" que vi mucho tiempo después de sus secuelas. El soldado de élite que vuelve a su hogar porque ya no hay guerra ni misión que cumplir y se encuentra con que no sabe cómo lidiar con ese mundo que le resulta completamente ajeno. Ese sujeto incomprendido, dócil y hasta ninguneado sufre un evento desgraciado (su arbitraria detención) y el film toma un giro completo. Ahora, ese personaje sumiso se transforma en una máquina asesina. Ahora, ese sujeto encuentra un motivo para vivir o se reencuentra consigo mismo. Y mientras todos vemos un acto de sacrificio en sus acciones (la memoria de sus compañeros caídos, la irreverencia frente a la autoridad y el maltrato), él simplemente vuelve a ser quien siempre fue.

La respuesta del Coronel Samuel Trautman, el mentor de Rambo, al comisario que cuestiona su presencia para salvar a su hombre del asedio policial, lejos de resultar capo-cómica como debería esperarse, cobra increíble realismo "no he venido para salvar a Rambo de ustedes., sino a ustedes de él". Una sensación similar nos dejan los documentales a los que aludí. La energía, el perfeccionismo, el esfuerzo por superarse, todo parece estar al servicio del juego y de la construcción del mito sobre su invencibilidad.

El precio es la soledad.

En la modernidad o posmodernidad cuesta dimensionar el valor del sacrificio. Sobre todo, se nos hace difícil entender que hay un costo (muchas veces intangible) asociado a esa acción. Los antiguos eran más conscientes sobre este dilema. De allí que la cultura del heroísmo tenía reservado un lugar preponderante en su construcción social. Cuando se acudía a la ayuda de los

dioses (por ejemplo, para vencer a los enemigos), ellos podían cumplir o no, pero antes demandaban un sacrificio. Una prueba de cuánto estábamos dispuestos a perder para alcanzar eso que tanto anhelábamos. Era una forma de tomar conciencia de nuestras propias limitaciones, pero también de vincularlos con algo que nos trascendiera.

En los tres casos uno se lleva la impresión de que el costo de ser quien son es su propia existencia. Los tres viven rodeados de fama, dinero y gozan (o gozaban en el caso de Armstrong) de reconocimiento mundial. Sin embargo, en los tres casos, uno se lleva la sensación de que padecen una inocultable soledad. Su vida parece estar a merced de otros. Son un relato, una (o varias) hazañas, un tema de debate público. Pero nunca ellos mismos. Salvo claro cuando "entrás a la cancha y todos los problemas desaparecen" como reconoce Maradona en su documental. Armstrong describe el vacío que significó vivir en ese mundo de glamour. Jordan no resistió el agobio y decidió retirarse temporalmente del básquet para iniciarse en un nuevo deporte. Maradona no pudo alejarse, aunque lo intentó llevando la adicción a cuestas como puerta de escape.

Ahora que ya no está, leí citada varias veces la célebre frase de su preparador, el profesor Signorini "con el Diego voy a la guerra, con Maradona ni la esquina" para describir la ambigüedad de su carácter. Sin embargo, menos difundida es su elocuente respuesta "si fuera el Diego, seguiría en Villa Fiorito". Maradona es la coraza que se construyó para lidiar con el mundo. Es el costo que pagó para ser nuestro héroe. Como Bruce Wayne utiliza a Batman para transformar su miedo en pulsión, Diego se valió de Maradona para sobreponerse a todos sus desafíos. A las demandas, a la presión y a las expectativas desmedidas propias y ajenas, dentro o fuera de la cancha. Porque como nos recuerda Cristopher Nolan en la última entrega de Batman, el héroe es héroe a costa de su sacrificio. Porque, en definitiva, es el único que "puede soportarlo". Pero en cada golpe, en cada oportunidad en que ese sujeto se disfraza de superhéroe para sacrificarse, para ser quien es o para darles sentido a nuestra vida (o a la suya), cada vez que trasciende, parecen ir dejando jirones de sí mismo. Y al final como se hace imposible distinguir

Bruce Wayne de Batman también se vuelve imposible distinguir Lance de Armstrong, Michael de Jordan o Diego de Maradona.

Un último gran aporte de estos documentales es la pregunta por el retiro. ¿Por qué ninguno logra hacerlo a tiempo? Cuando están en la cima, cuando ya ganaron todo, cuando ya están consagrados. Armstrong decide volver al circuito después de algunos años para intentar infructuosamente ganarlo de nuevo después de haber triunfado en seis oportunidades consecutivas. Jordan vuelve a jugar con los Washington Wizards sin gloria después de haber conseguido seis títulos. Maradona vuelve a intentar ganar un mundial y es forzado al retiro por dopping después de ser campeón y subcampeón mundial con la actuación individual más impresionante que se recuerde. Y la respuesta que se nos ofrece es simple. No pueden abandonar. No sólo porque esa palabra está fuera de su vocabulario (como gran parte de los boxeadores necesitan ser noqueados para aceptar el retiro) sino, más importante, porque no se lo permitimos. Siempre va a haber alguien que les demande que sigan ahí. Que sigan siendo nuestros héroes. Que sigan

haciendo lo imposible. Aunque ya no puedan. Porque aceptar que ya no estén allí es reencontrarnos con nuestra propia existencia o, lo que es lo mismo, con nuestra propia finitud. Aferrarnos a ellos, es nuestra forma de trascender, aunque eso signifique hacerlo a costa de ellos. O tal vez porque junto a ellos necesitamos "entrar a la cancha y que todos los problemas desaparezcan".

